

★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ **LAS REGLAS DE** ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★

JORDAN

★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★

SAM SMITH

Traducción de David Fernández

CONTRA

The Jordan Rules: The Inside Story of One Turbulent Season with Michael Jordan and the Chicago Bulls

© 1992, 1993, 1994, Sam Smith

Publicado según acuerdo con el editor original, Simon & Schuster, Inc.

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Diseño y maquetación: Endoradisseny

Primera edición: Octubre de 2021

© 2021, Contraediciones, S.L.

c/ Elisenda de Pinós, 22

08034 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2021, David Fernández, de la traducción

© 2021, Montserrat Griera, de la ilustración de la cubierta

© 2020, Sam Smith, de la nota para esta edición

ISBN: 978-84-18282-61-4

Depósito Legal: B 16574-2021

Impreso en España por Estugraf

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

A Kathleen y Connor, Bet y Lee, y a Ernie

ÍNDICE

PRÓLOGO: JUNIO DE 1991

9

1. PRIMAVERA DE 1990

15

2. VERANO DE 1990

31

3. OCTUBRE DE 1990

61

4. NOVIEMBRE DE 1990

91

5. DICIEMBRE DE 1990

125

6. ENERO DE 1991

157

7. FEBRERO DE 1991

191

8. MARZO DE 1991

221

9. ABRIL DE 1991

265

10. PRIMEROS COMPASES

301

11. EXAMEN FINAL

327

12. LA HORA DE LA GLORIA

349

EPÍLOGO

385

AGRADECIMIENTOS

411

NOTA PARA ESTA EDICIÓN

415



PRÓLOGO: JUNIO DE 1991



MIRASE DONDE MIRASE, Phil Jackson lo veía todo rojo.

La ciudad de Chicago, que celebraba el primer título de la NBA en la historia de los Bulls, vestía el tono colorado del club como si se tratara de un traje caro. Era una ciudad que, acostumbrada a la decepción y al fracaso de sus equipos, por fin podía inflar el plumaje y pavonearse un poco. Esa noche, en la que los jugadores de los Bulls se reunían en el hotel Four Seasons, en el centro de Chicago, para celebrar la última de una serie de fiestas de equipo que parecían eternizarse desde la consecución del campeonato, Jackson podía ver en los ojos rojos de sus jugadores que ellos también se habían sumado a los festejos de la ciudad. Pero también detectaba algo más: su mirada ya no resplandecía como la noche en que más había brillado.

Se fijó en sus jóvenes estrellas, Horace Grant y Scottie Pippen, que habían atravesado la temporada como cometas, cada vez más grandes y refulgentes, y habían ayudado al equipo a ganar la final a los Lakers por 4 partidos a 1. Los acompañaba el chico con cara de niño, B. J. Armstrong, mientras bailaban y cantaban hasta altas horas de la madrugada.

Jackson también observó a su pívot suplente, Will Perdue, en muchos sentidos un símbolo del equipo: criticado durante mucho tiempo y al final aclamado. Los Bulls habían sido el equipo de Michael Jordan, una película con un protagonista absoluto en la que los actores de reparto se esforzaban, pero casi nunca eran capaces de superar sus limitaciones. Pocos estaban más limitados que Perdue, pero se

había convertido en un jugador competente, una pieza importante del rompecabezas, y ahora los aficionados de Chicago lo vitoreaban, quizá tanto por haber sobrevivido a las masas antes enfurecidas como por su contribución. Perdue era la pista de entrenamiento en la que todos los días se veían las marcas de los neumáticos del veterano pívot Bill Cartwright. Esa noche, sentado junto a Cartwright, le pegaba amistosamente en la cabeza y en los hombros mientras exclamaba: «Esta, por los codazos en la cabeza; esta, por los codazos en la nariz; y esta por los codazos en las costillas...». Y los dos se daban empujones, se abrazaban, reían y parecían los dos ositos de peluche más grandes que nadie hubiera visto jamás.

Luego estaba Cliff Levingston, una pieza de recambio durante la mayor parte de la temporada que había demostrado su valía en los playoffs. Y Stacey King, el bullicioso chaval que había recibido lo suyo en una temporada decepcionante para él, y Armstrong y Dennis Hopson, quienes también habían sido la más fea del baile durante largos periodos de la temporada. A todos ellos los había desanimado la complejidad del ataque de los Bulls, conocido como «el triángulo», un sistema adaptado de las enseñanzas de Tex Winter, ayudante del entrenador. Pero ahora cantaban una serenata al entrañable técnico en forma de rap de los campeones:

«Mmm, yeah, es el triángulo... de... Tex; porque nosotros creamos... en... él. Es sofisticado, para los iniciados. Con el sistema, si quiero te mato. Con el sistema, me llevo el campeonato.»

Jackson sentía que los labios se le estiraban esbozando una sonrisa. Admiraba al peculiar Winter y había apostado por él aunque su estrella, Jordan, había afirmado que ese sistema no le hacía gracia porque, según argumentaba, ¿acaso había ganado algo con él? Pero Jackson se había mantenido en sus trece pese a que los jugadores habían refunfuñado al principio de la temporada y Winter le había dicho que debía abandonar el sistema porque no funcionaría si los jugadores no creían en él. Pues haría que creyeran, contestó Jackson. Y míralos como cantaban ahora.

También estaba Jerry Krause, el director deportivo de los Bulls, feliz quizá no tanto por la victoria cuanto por que los jugadores lo tra-

taran como parte integrante del grupo. Krause, un hombre sin sentido del humor que vivía por y para el trabajo, era el objeto de la ira que algunos jugadores sentían hacia el club por cuestiones de dinero. Con sobrepeso y acomplexado por ello, había sido el clásico niño al que le costaba hacer amigos. Pero aquí estaban los chicos, sus chicos, jaleándole como si fuera uno más.

«Esta noche hay premio, ¿no, Jerry?», le gritaban. Bravuconadas de hombres. «¿Hoy cachondeo, Jerry?», le dijo un jugador delante de la devota esposa de Krause, Thelma.

«Sabes que sí», respondió alegre Krause.

«Pax, Pax», intervino Perdue. «¿Cuánto era? ¿100.000 dólares por tiro? Como una caja registradora: 1,1, 1,2, 1,3 millones...»

Cerca de ellos, el propietario del club, Jerry Reinsdorf, no podía contener la risa. John Paxson, el veterano con aspecto de estadounidense medio, uno de los titulares peor pagados de la liga, había anotado cinco canastas seguidas en el tramo final del último partido. Cada vez que los Lakers se les acercaban, ahí estaba Paxson para convertir otro tiro decisivo. Y ahora se le acababa el contrato. «¿Cuánto dirías que valen esos tiros, Pax?», se regocijaba Perdue. «¿Ahora qué? Contrato nuevo, ¿no?»

Luego estaba Jordan. Jackson sabía que esa sonrisa no desaparecía. Las lágrimas ya se habían terminado; se le habían saltado, de forma imprevista y conmovedora, en el vestuario en cuanto hubo acabado el partido, incapaz de contener tantas emociones. Era la estrella que no ganaba títulos, según habían dicho de él durante años, y ahora no solo su equipo había vencido, sino que él personalmente lo había hecho a lo grande, de la manera que siempre había soñado: como mejor jugador de la final, elegido por unanimidad. Uno de los once miembros del jurado prácticamente había rechazado la votación diciendo: «¿Quién, si no?». Y Michael lo había conseguido contra su máximo rival, Magic Johnson, a quien los puristas del baloncesto habían considerado el ejemplo de todo lo que Jordan no era: un gran pasador, un gran compañero de equipo, un ganador. Pues ya no podían decirlo más.

Primero rezaron. En cuanto entraron corriendo en el vestuario, los Bulls se juntaron en un círculo para recitar un padrenuestro, y

luego descorcharon las botellas de champán, combinado con largos tragos a botellas de cerveza. Jordan se derrumbó en su asiento para atender a las cámaras de televisión, pero era demasiado. Dejó caer la cabeza sobre la falda de su mujer, Juanita, y se puso a llorar. Su padre, James, quien nunca había dejado de decirle que este momento llegaría, le masajeaba el cuello. Pero Jordan no podía parar. Temblando, intentaba secarse las lágrimas de alegría, alivio y promesa al fin cumplida. Le dolía el estómago y le faltaba aire. En la vida se había sentido mejor. Mejor que en su primer año universitario, cuando su equipo de la Universidad de Carolina del Norte había ganado el título de la NCAA. Aquello fue demasiado fácil. Esto había sido una batalla, contra los pronósticos y los escépticos a lo largo de siete temporadas. Pero ya se había acabado. Bebió de la botella de champán como un bebé de un biberón. Las lágrimas seguían fluyendo y esa noche no dormiría. Sentía una felicidad pura, infinita.

La mañana siguiente a la victoria final, Jordan se aferró al trofeo de campeones como si fuera un amigo reencontrado después de muchos años. No lo soltaba ni un minuto, y todo el mundo lo vio descender del avión con él. Durmió con la copa durante el trayecto de regreso a Chicago y no permitía que nadie se lo llevara a más de dos metros de él en el autocar del equipo. Era el símbolo de su esfuerzo y debía estar cerca de él, por si acaso hubiese alguien que todavía lo pusiera en duda.

Aquella noche, Jackson vio todo eso mientras los jugadores se reunían ante él. Habían volado de regreso a Chicago, en cuyo aeropuerto los habían recibido centenares de aficionados, a los que los jugadores se acercaron y tocaron a través de la valla, para estrechar ese vínculo especial del que disfrutaban en el estridente Chicago Stadium. Luego se habían dirigido al Grant Park, en el corazón de Chicago, para ofrecer el suyo a la ciudad. Habían formado una pequeña caravana y los aficionados alargaban los brazos para tocarlos como si fueran santos; Paxson saludaba y las manos se aferraban a él, agarrándolo por todos lados hasta que su mujer estrechó a sus dos hijos contra ella porque había demasiadas manos. Después se habían subido a un escenario, donde cientos de miles los habían aclamado e inundado de agradecimiento cada palabra que habían pronunciado.

Aún no habían bajado de la nube, ni habían dormido apenas, flotando como estaban por el cariño y el exceso, cuando se juntaron ante Jackson por última vez después la montaña rusa que había sido aquella temporada. Era la fiesta final, solo para jugadores, cuerpo técnico y directiva, antes de que cada uno se fuera por su lado en verano. Jackson había pedido a sus jugadores que el grupo se reuniera una vez más, doce hombres de creencias y habilidades diversas. Había sido una temporada muy dura. Habían convivido desde el mes de octubre, habían compartido sudor y gloria, a veces tan compenetrados como gatos callejeros encerrados en una habitación, tan distantes como antiguos amantes. Sin embargo, se habían ido haciendo unos a otros, habían aceptado los defectos de los demás y habían compartido el éxito de cada uno. Ninguno de ellos había llegado nunca tan lejos, y desde Scott Williams, el chico retraído, hasta Cartwright, el solitario orgulloso, en los ojos de todos podía leerse el alivio y la dicha. Jackson no quería que se les acabase nunca.

«Tenéis que saber que muchos equipos campeones no vuelven a repetirse», comenzó Jackson. El runrún de excitación menguó un poco. «Esto es un negocio. A mí me gustaría teneros a todos el año que viene, pero eso no siempre pasa. Pero esto que hemos conseguido es algo especial que compartís y que nunca olvidaréis. Es algo que nadie os podrá quitar y que os unirá para siempre. Quiero daros las gracias a todos en persona por esta temporada. Y ahora ya podéis volver a la fiesta.»

¿Quién podría haberse imaginado, solo un año antes, esta fiesta, esta alegría y esta comunión?



I

PRIMAVERA DE 1990



MICHAEL JORDAN OBSERVÓ A SU EQUIPO y volvió a sentir esa desazón tan familiar.

Eran poco antes de las once de la mañana del 24 de mayo de 1990, dos días después de que los Bulls hubieran perdido el segundo partido contra los Detroit Pistons en la final de la Conferencia Este. La ciudad de Chicago estaba en plena primavera —las dos horas que duraba, como decían los habitantes más longevos—, pero Jordan no se sentía muy exuberante. Ni siquiera tenía ganas de jugar a golf, lo que para sus amigos significaba que debía de estar muriéndose.

Los Bulls tenían entrenamiento en el Deerfield Multiplex, unas elegantes instalaciones deportivas situadas unos cincuenta kilómetros al norte de Chicago, para tratar de recomponerse y volver a meterse en la eliminatoria. A Jordan le dolían la espalda, la cadera, el hombro, la muñeca y el muslo gracias a un placaje múltiple en el primer partido cortesía de Dennis Rodman y John Salley. Pero más herido que la espalda tenía el orgullo, o su competitividad, porque los Pistons estaban barriendo a los Bulls, y Jordan estaba cada vez más desesperado, enfadado y frustrado.

«Alcé la mirada y vi a Horace [Grant] y a Scottie [Pippen] haciendo el payaso, bromeando y enredando», le contó Jordan a un conocido más tarde. «Tienen talento, pero no se lo toman en serio. Los rookies

siempre se ponen juntos. No tienen ni idea de qué va esto. Los blancos [John Paxson y Ed Nealy] se esfuerzan, pero les falta talento. ¿Y los demás? ¿Quién sabe qué se puede esperar de ellos? No sirven para mucho.»

Michael Jordan sentía que era una carga que debía llevar. El peso del equipo entero descansaba sobre sus fatigados hombros.

Los Pistons habían ganado los dos primeros partidos por 86 a 77 y 102 a 93, y la defensa de Detroit había neutralizado el contraataque rápido de Chicago: los Bulls no habían podido superar un 41 % de acierto en ninguno de los dos encuentros. El propio Jordan había promediado 27 puntos, con un obstinado balance de 17 canastas de 43 intentos. Ningún equipo defendía mejor a Jordan que los Pistons, pero Michael se negaba a admitir que lo pasara mal contra ellos, así que se metía de lleno en la trampa de los cerrados esquemas defensivos de Detroit cuando el jugador atacaba la canasta por el lugar en el que los Pistons lo esperaban. El cuerpo técnico se intercambiaba miradas de exasperación mientras Jordan se empeñaba en penetrar hacia el aro —«la fortaleza», como le gustaba llamarla al ayudante John Bach— como un solitario soldado de infantería tratando de tomar un búnker fortificado. Casi nunca había escapatoria.

Si bien las llamadas reglas defensivas contra Jordan de Detroit eran efectivas, los técnicos de los Bulls también creían que los Pistons habían conseguido un gran truco psicológico respecto a los árbitros. Había sido un plan en dos partes. El primer paso, unos años antes, había consistido en preparar una serie de vídeos editados cuidadosamente y enviarlos a la NBA con el propósito de demostrar que a los defensores de Jordan se les señalaban faltas sin que apenas hubieran entrado en contacto con el jugador. Los Pistons decían que ni siquiera se les permitía intentar defenderlo. «Desde entonces, las faltas pitadas empezaron a disminuir», Jordan observó, «y no solo contra Detroit.»

El segundo paso fue una campaña pública. Los Pistons pregonaban las «reglas de Jordan» como si fueran una especie de defensa secreta que solo ellos podían aplicar para frenar a Michael. Esos secretos no eran más que una serie de tácticas defensivas que dirigían a Jordan ha-

cia el abarrotado centro de la botella, pero los jugadores y técnicos de Detroit hablaban de ellos como si los hubiera concebido el Pentágono. «Se habla de ellos con frecuencia —y los árbitros lo oyen— y entonces empiezas a pensar que son algo especial», dijo Bach. «Eso tiene un efecto: de pronto la gente cree que no hay falta donde sí la hay.»

Todo ello no hacía sino aumentar la frustración de Jordan con los Pistons.

En la media parte del segundo partido, con los Bulls por detrás en el marcador 53 a 38, Jordan entró en el silencioso vestuario, volcó una silla de una patada y gritó: «¡Estamos jugando como una panda de nenazas!». Más tarde, se negó a hablar con los periodistas, subió al autocar y permaneció callado como una tumba durante todo el trayecto a casa. Continuó con este régimen de silencio —más allá de algún que otro comentario mordaz tras un encuentro— durante la semana siguiente. Tampoco hablaba sobre los compañeros. «Voy a dejar que den un paso al frente y asuman responsabilidades», le dijo a un amigo.

Jordan había creído que los Bulls podían derrotar a Detroit esta vez. Por supuesto, nada hacía pensar que eso podría suceder, pues los Pistons habían eliminado a los Bulls las dos temporadas anteriores y además los habían derrotado en 14 de sus últimos 17 enfrentamientos en liga regular. Sin embargo, ¿no había sido similar la probabilidad de los Bulls de ganar a Cleveland en los playoffs de 1989? Los Cavaliers habían conseguido 57 victorias aquella temporada, por 47 de los Bulls, y se habían impuesto a Chicago en sus últimos seis duelos, incluido el último partido de la temporada regular a pesar de haber jugado sin los titulares, a diferencia de los Bulls. El pronóstico de los Bulls era tan malo como el tiempo en Chicago en febrero.

Jordan prometió que los Bulls derrotarían a Cleveland de todas formas.

Jugando de base, Jordan promedió 39,2 puntos, 8,2 asistencias y 5,8 rebotes en cinco partidos. Y en el último segundo del quinto encuentro, anotó un lanzamiento en suspensión infinita que dio el triunfo a los Bulls por un punto. Aquella jugada acabó conociéndose como «el tiro» en la historia deportiva de Chicago, en la misma categoría legendaria de otra gran proeza de Jordan, esta vez en la final de

la NCAA de 1982: un tiro en suspensión desde seis metros sobre la bocina que supuso la victoria de Carolina del Norte sobre Georgetown. Además, la hazaña destrozó la moral de los Cavaliers: en las dos temporadas siguientes, no fueron capaces de derrotar ni una sola vez a los Bulls.

Los playoffs se habían convertido en un escenario donde todos los focos apuntaban a Jordan. Era Bob Hope y Michael Jackson, Mick Jagger y Frank Sinatra. Su manera de jugar trascendía los límites del baloncesto. Era una melodía que encandilaba y suscitaba ovaciones. Había otros que saltaban igual de alto y casi todos podían machacar el aro, pero Jordan lo hacía con un estilo, una sonrisa, un brillo y un guiño de ojos únicos, y lo hacía aun mejor en los playoffs.

«Siempre hemos tenido la sensación de que, si alcanzábamos la final, Michael se las ingeniaría para ganar. Es el jugador más competitivo que he visto nunca, y en los grandes partidos llega aun más lejos», dijo Bach después de la eliminatoria contra los Cavaliers.

Era cierto: las actuaciones de Jordan en las primeras rondas habían sido sonetos de Shakespeare, bellos y atemporales. Y como Shakespeare, era el mejor aunque todo el mundo lo dijese. Ya en su segunda temporada en la NBA, con un balance de 64 derrotas y una fractura en el pie, Jordan exigió volver a jugar pese a que los médicos aseguraban que su lesión podría agravarse. Los Bulls, y hasta los consejeros de Michael, le recomendaron que descansara el resto de la temporada. Hecho una furia, Jordan acusó al club de querer renunciar a los playoffs para obtener una elección más alta en el draft. A regañadientes, el equipo dejó que volviera cuando solo quedaban quince partidos para terminar la temporada regular. Los Bulls se clasificaron para los playoffs y en el segundo partido frente a los Boston Celtics (quienes acabarían conquistando el título) Jordan anotó 63 puntos. Larry lo resumió así: «Tiene que haber sido Dios disfrazado de Michael Jordan».

En la eliminatoria contra los Cavaliers de 1988, Jordan anotó 50 y 55 puntos respectivamente en los dos primeros encuentros, la primera vez que alguien sumaba 50 puntos en dos partidos seguidos de playoff, con lo que condujo a su equipo a la victoria y estableció un récord de anotación en una serie al mejor de cinco encuentros

de 45,2 puntos por partido. Michael se había convertido tal vez en el mejor anotador de la historia del baloncesto. Jamás igualaría los 100 puntos en un partido de Wilt Chamberlain o sus más de 100 encuentros con más de 50 puntos, pero al final de la temporada de 1990-91, Jordan era el jugador con la mayor media anotadora de la historia de la NBA en la temporada regular, los playoffs y los partidos del All-Star. Además, había logrado su quinto título consecutivo de máximo anotador de la temporada, a solo dos de distancia de los siete de Chamberlain.

Cuando Chicago se disponía a enfrentarse a los Pistons en 1990, Jordan venía de disputar la segunda ronda de los playoffs a los 76ers con un rendimiento increíble incluso para sus extraordinarios estándares. Los Bulls habían derrotado a Philadelphia en cinco partidos en los que Jordan había promediado 43 puntos, 7,4 asistencias y 6,6 rebotes. Había estado en cancha 42,5 minutos por encuentro con un porcentaje de acierto del 55 %. Se había hartado de penetrar a canasta y machacar el aro. Había jugado al poste y anotado en suspensión. Había taponado a los rivales y defendido a todo el mundo, desde Charles Barkley hasta Johnny Dawkins.

«Jamás había jugado cuatro partidos seguidos como lo he hecho contra Philly», declaró a propósito de los cuatro primeros de la serie, en los que fue el máximo anotador del equipo en 13 de 16 cuartos.

Entonces los Bulls viajaron a Detroit preparados para tomar la ciudad por asalto. Ambos equipos procedían de ciudades obreras, duras; la inquebrantable Chicago y su industria del envasado cárnico, y Detroit y su sector automovilístico propenso a las crisis. Por alguna razón, los clubes deportivos de Detroit parecían tener tomada la medida a los de Chicago. En 1984, los Chicago Cubs por fin ganaron un título de béisbol, pero fueron los Detroit Tigers quienes se llevaron las Series Mundiales, como lo habían hecho en 1945, el último año en que los Cubs habían alcanzado la final. Los Detroit Red Wings de Gordie Howe habían llegado al Stadium de Chicago y echado por tierra los sueños de los Black Hawks de Bobby Hull en numerosas ocasiones. Y ahora estaban los Pistons. Para Detroit, ganar a Chicago era ya una costumbre. Un hábito que Jordan estaba decidido a eliminar.

Aun así, por mucho que lo intentara, no lograba doblegar a los Pistons. En temporadas anteriores, Michael había conseguido algunas de sus máximas anotaciones frente a Detroit: una obra de arte de 61 puntos en una victoria con prórroga en marzo de 1987, una sinfonía de 59 puntos un Domingo de Resurrección retransmitida por televisión en 1988. Jordan era un artista, y la pista de baloncesto de 28 por 15 metros, el lienzo donde plasmaba su visión, firmado con una sonrisa radiante, la lengua fuera y un mate poderoso girando el cuerpo en el aire. Al entrenador de los Pistons, Chuck Daly, hombre aficionado al arte, no le cautivaba especialmente la obra de Jordan, y después del partido de 1988, creó «las reglas de Jordan» y la campaña que impulsó lo que los Bulls consideraron una ofensiva tolerada contra Michael Jordan.

Los Pistons contaban con dos de los mejores defensores individuales de la liga, Joe Dumars y Dennis Rodman, para llevar a cabo ese proyecto. Aunque de mala gana, Jordan respetaba a Dumars, con quien en cierto modo había hecho buenas migas en el All-Star de 1990; Dumars era tranquilo y determinado, un profesional de buenas maneras. Pero Rodman no le hacía ninguna gracia. «Siempre se tira al suelo», lo despreciaba Michael. «Se deja caer e intenta que piten a su favor. Eso no es defender bien.» Rodman «se tiró» de modo tan efectivo en la temporada de 1988-89 que Jordan llegó a las seis faltas en el cuarto periodo y acabó expulsado en el último minuto de un partido que los Bulls perdieron por escaso margen contra los Pistons.

Pero la frustración de Jordan con Detroit iba mucho más allá que su menosprecio por Rodman, la incapacidad de su equipo de vencer al rival o incluso su propia falta de efectividad anotadora desde el partido del Domingo de Resurrección. Los Pistons pegaban a Jordan, pura y llanamente; le zurraban en los bloqueos y las pantallas en cuanto intentaba moverse. Para Michael, era como cruzar un callejón flanqueado por macarras. Primero encajaba un garrotazo de Dumars con el antebrazo cuando trataba de dejarlo atrás, luego quizá un empujón de Bill Laimbeer y un golpe de Rodman o Isiah Thomas. Los Bulls estaban tan preocupados por algunas de estas tácticas que prepararon una cámara que seguía a Laimbeer durante

todo el playoff para ver qué hacía y descubrieron que agarraba a los rivales por las muñecas para adormecerles los brazos. Elevaron una queja a la NBA, pero fue inútil. Y aunque a Thomas no se le considerase un buen defensor porque no le gustaba hacer ayudas, siempre que los Bulls jugaban contra Detroit era el primero en practicarle el dos contra uno a Jordan. El base sabía que Jordan lo despreciaba y le daba lo mismo que Jordan fuese el héroe de Chicago, la ciudad natal de Isaiah.

El resentimiento de Jordan por el base de cara angelical de los Pistons venía de lejos. Fue en un partido de All-Star de 1985 en el que supuestamente Thomas y otros jugadores conspiraron para no pasarle el balón a Jordan; desde entonces, sus caminos y sus espadas se habían ido cruzando. En la temporada de 1989-90, Magic Johnson propuso un partido de uno contra uno entre Jordan y él. Michael no demostró gran interés, pero Johnson tenía en mente unos honorarios suculentos a través de un acuerdo apalabrado con una televisión por cable. Cuando saltó la noticia, la NBA se mostró en contra y Thomas, entonces presidente de la Asociación de Jugadores, declaró que participar en esa clase de partidos no regulados fuera de temporada no convenía a los baloncestistas. De pronto, Jordan estaba muy interesado. Afirmó que siempre había pensado que la Asociación de Jugadores «iría a favor de los jugadores». Lo que ocurría, según dijo, era que Thomas estaba celoso. «A él no se lo han pedido», masculló Jordan. «Y ¿queréis saber por qué? Porque, si él participara, a nadie le interesaría demasiado verlo.»

Los Pistons se la devolvieron. Les encantaba provocar a Jordan durante los partidos con pullas sobre su manera egoísta de jugar, su calvicie —una especialidad de John Salley— y alusiones a que le gustaba ser un perdedor. Salley, un humorista sin gracia que consiguió subirse a los escenarios porque mide 2,13 y se parece a Arsenio Hall, es un antagonista de Michael especialmente mordaz.

«En nuestro equipo no destaca un jugador por encima de los demás», le gustaba decir a los periodistas durante los playoffs de 1990. «Por eso somos un equipo. Si un jugador lo hiciera todo, no seríamos un equipo. Seríamos los Chicago Bulls.»

Otra aportación de Salley: «Mientras ganemos, a nosotros nos da igual quien anote. A Michael Jordan le costaría jugar en nuestro equipo porque él tiene que ser quien meta todos los puntos. No creo que encajase».

A Jordan esos comentarios lo inflamaban, pero parecía incapaz de ajustar cuentas con los Pistons. Puede que Jordan fuera el mejor jugador de la liga cuando se enfurecía: realizaba un mate en la cara de rivales que le sacaban 15 centímetros después de que le hubieran taponado un tiro, anotaba sin parar contra novatos arrogantes o elevaba su juego hasta cotas extraordinarias cuando los oponentes a quienes defendía estaban en racha anotadora o intentaban dejarlo en ridículo. Pero no conseguía hacer lo mismo con los Pistons, y sus compañeros eran incapaces de aligerar la carga que sentía.

En el primer partido, John Paxson y Craig Hodges fallaron los ocho tiros de campo que lanzaron y Rodman anuló a Scottie Pippen. «Me parece que me preocupo demasiado por cómo va a defenderme», diría Pippen después. Entre los titulares de Detroit, solo Joe Dumars alcanzó dobles figuras en anotación, con 27 puntos, pero fue suficiente.

En el segundo encuentro, Jordan cojeaba porque tenía la cadera y la pierna lesionadas, y los Bulls cayeron. Pippen y Horace Grant encestaron 17 puntos cada uno, pero difícilmente iba eso a ser suficiente para suplir a un Jordan renqueante, quien solo anotó 20 puntos. Dumars llegó a los 31.

Así, Michael se marchó del partido sin hablar con nadie, los periodistas se quedaron murmurando razones y los compañeros de Jordan, buscando respuestas. La alegría brilló por su ausencia en el viaje de regreso a Chicago para el tercer duelo. Jordan pensaba que su equipo lo había defraudado cuando él estaba lesionado. Los compañeros, que era Michael quien los había decepcionado a ellos al no comparecer ante la prensa después de una derrota crucial. Claro, según decían varios, el día que sumó 50 puntos estuvo con los medios todo el tiempo que hizo falta, pero ¿dónde estaba cuando solo encestaba 20? Y su antagonista, Dumars, le había ganado la partida en dos encuentros seguidos, lo que claramente había inclinado la balanza para que Detroit tomara una ventaja de 2 victorias a 0. Los jugadores

estaban de acuerdo: nos canta las cuarenta cuando no lo hacemos bien, pero cuando él juega mal, ¿también es culpa nuestra?

El pívot Dave Corzine, exjugador de los Bulls, lo había explicado bien en una ocasión: «Es duro jugar al lado de Michael Jordan porque siempre eres tú la razón de que el equipo pierda». Culpa de Jordan no podía ser, según coincidía todo el mundo; era el mejor, ¿no? Los demás jugadores poco podían decir en público.

Aun así, Jordan estaría recuperado para el tercer partido en el Chicago Stadium. Se sentía enfadado y humillado, algo arrepentido tal vez, pero también decidido a imponer castigo por pecados varios.

Phil Jackson se encargó de hablar con la prensa durante los días que siguieron al martes del segundo partido. Jordan, aficionado a las bromas durante los entrenos, apenas abrió la boca. Después del entrenamiento del miércoles, con los periodistas atentos y a la espera, la mayoría de los jugadores se escabulleron directos hacia el aparcamiento por la puerta de atrás del pabellón, como solían hacer cuando querían evitar a los medios. Pero, tras las quejas de los periodistas, Jackson le dijo a Jordan que el jueves tendría que salir por la puerta delantera —tendría que pasar por el aro, como les gustaba decir a los entrenadores, si bien las exigencias a Jordan por parte de la prensa local (y, para el caso, también de la nacional) nunca resultaban amenazantes. Michael cultivaba su imagen con sumo cuidado, con un cierto aire de afabilidad, y los periodistas daban a un público fanático de Jordan una serie de clichés bien elaborados. Era una fórmula que funcionaba en Peoria, con patrocinadores como Wheaties, McDonald's, Chevrolet y Nike dispuestos a cuadruplicarle el salario como jugador (de 3 millones de dólares anuales) en ingresos publicitarios. Todos los años los periodistas que cubrían el baloncesto lo seleccionaban entre los mejores entrevistados y a los reporteros de las televisiones locales les gustaba ponerle la mano sobre el hombro mientras lo entrevistaban. «Pero no tengo que hablar con nadie, ¿no?», dijo Jordan.

«No, no tienes que hablar con nadie», contestó Jackson.

Así que tras el entrenamiento del jueves Jordan hizo lo que le mandaron: salió por la puerta principal, pero pasó de largo de los medios

que esperaban. Ni siquiera sus compañeros entendían lo que sucedía. «¿El General no tenía nada que decir?», se preguntó Craig Hodges cuando salió más tarde. A Hodges le gustaba llamar «General» a Jordan, ya que, según decía, Michael daba las órdenes, mandaba a los jugadores que se le acercaran o que se apartasen, decidía si la jugada que habían marcado los técnicos se realizaría o no, y discutía con los árbitros. Luego debían ser los jugadores quienes ejecutaran sus órdenes, lo cual últimamente no parecía que sucediera a menudo para su gusto.

—¿Qué ha dicho? —preguntó John Paxson cuando abandonó la pista cubierta de cristal del Multiplex.

—¿Os ha dicho algo a vosotros? —intervino un periodista.

—No —respondió Paxson—. Ha hablado de generalidades, de jugadas y posiciones, pero nada más.

—¿Os ha contado lo que le pasa? —preguntó otro informador.

—No, apenas ha abierto la boca —repitió Paxson.

Pero Jackson sí lo había hecho. Él entendía que las acciones de Jordan eran una demanda del jugador a sus compañeros para que estos dieran un paso al frente y se responsabilizaran de su bajo rendimiento. En eso estaba de acuerdo con Michael, pero no quería verlo escrito en los periódicos. (De hecho, Jackson casi nunca leía las páginas de deportes, pero su familia y sus ayudantes le habían resumido el enfado de Jordan y el sentimiento de traición que recorría la plantilla.) Jackson dijo a los jugadores que lo que había pasado en el vestuario era asunto del equipo y de nadie más. Habló de tener carácter y de «asumir responsabilidades», y afirmó que si una adversidad menor era capaz de destruir la plantilla, entonces no eran el equipo que creían que eran. Era un momento desesperado, según añadió Jackson, el momento de enfadarse y emocionarse. Era la hora de madurar. De ellos dependía.

En cuanto a la táctica, el equipo debía dejar de meterse de cabeza en el interior de la defensa de Detroit. Los Pistons practicaban una zona, simple y efectiva, según les explicó Jackson. Los Bulls tenían que buscar buenos lanzamientos, tirar en lugar de empecinarse en entrar donde no había espacio para maniobrar. También tenían que replegarse mejor en defensa y capturar más rebotes.

En el tercer partido, lo lograron. Aquello volvía a parecer una eliminatoria.

«Hoy hemos demostrado que no son las reglas contra Jordan, sino las reglas de Jordan», declaró Jackson tras la victoria.

Michael anotó 16 puntos en la primera mitad, pero los Bulls perdían por 51 a 43 después de uno de los habituales segundos cuartos avasalladores de los Pistons, en el que superaron a Chicago por 32 puntos a 19. Jordan, que echaba humo en el vestuario, tomó una decisión. «Si vamos a perder, lo haremos a mi manera», se dijo a sí mismo.

En cuanto hubo acabado el tercer cuarto, la ovación del público retumbaba entre los muros del Chicago Stadium. El resultado estaba fuera de toda duda, el tercer periodo había sido la fiesta de Jordan. Michael arrancó el cuarto con una entrada fallida, pero punteada por él mismo para sumar dos puntos; a continuación lanzó un pase interior a Pippen para que este anotara con una bandeja la segunda canasta de los Bulls. La tercera fue un tiro de Michael desde tres metros. Rompió la defensa con una penetración para anotar la quinta, y luego añadió una entrada con resultado de 2+1 y dos tiros libres para cerrar el tercer cuarto con un parcial de 17 a 6 a favor de los Bulls en los últimos tres minutos y medio que daba el control del partido a Chicago. En el cuarto periodo, Detroit apretó, pero Jordan lo hizo más todavía. Encestó 18 puntos más y Rodman lo lanzó al suelo. Se levantó, volvió a entrar a canasta y recibió falta. Luego anotó un triple al final del tiempo de posesión. El Stadium se vino abajo.

Jordan sumó 31 puntos en la segunda mitad para terminar el encuentro con 47 puntos y 10 rebotes. Pippen agregó 29 puntos y 11 rebotes, mientras que Grant se adueñó de los tableros con 11 capturas, 6 de ellas ofensivas. Otra gran contribución fue la de Ed Nealy, quien en solo 22 minutos de juego anotó 8 puntos. Nealy era lento y no saltaba demasiado, pero Jackson lo definió como «su jugador favorito, el más inteligente del equipo».

Michael se mostró seco después del partido. No sonrió ni hizo bromas como solía tras los encuentros. Ante los micros, declaró que no hablaría sobre el incidente del segundo partido en el vestuario.

Afirmó que nunca criticaba a sus compañeros y que él solo hablaba de «nosotros», no de «ellos».

—¿Eso ha dicho? —exclamó Grant después cuando le contaron las declaraciones de Jordan—. Ahora de verdad: ¿en serio ha dicho eso?

Cartwright, sentado junto a Grant, negaba con la cabeza.

—Es de locos —dijo con una sonrisa burlona.

Jordan aseguró que no volvería a hablar con la prensa hasta después del siguiente partido.

En el cuarto duelo, los Bulls repetirían lo que no eran capaces de hacer en Detroit. Tiraron bien y controlaron el juego. La clave de la victoria para los Bulls siempre era superar los 100 puntos, así que obligaron a Thomas y a Dumars a cometer 12 pérdidas de balón, mientras que Jordan estuvo excelso con 42 puntos y Chicago se llevó el encuentro por 108 a 101. Bill Laimbeer solo encestró 1 tiro de 7, 1 de 13 en los dos últimos partidos en Chicago, cuando en Detroit había logrado 8 de 10.

Ahora los Pistons tenían un balance de 24 victorias y 5 derrotas en los playoffs en las dos últimas temporadas, de las cuales 4 habían sido a manos de los Bulls. Era la primera vez en dos años que Detroit perdía dos partidos seguidos. Pero Chicago aún no había sido capaz de vencer a los Pistons en el Palacio de Auburn Hills.

Después del quinto partido, los Bulls seguían sin haberlo conseguido. Fue la típica victoria de los Pistons sobre Chicago. Dumars anotó 20 puntos y logró que Jordan solo encestrara 7 canastas de 19 intentos, 22 puntos en total. Detroit superó a Chicago en rebotes (45 a 36), los suplentes de los Pistons anotaron 35 puntos, por 13 de los reservas de los Bulls, y Chicago solo convirtió un tercio de los tiros que intentó. Y además fue un partido duro: Thomas tiró a Pippen al suelo a mitad del tercer cuarto. Los Bulls perdían por 72 a 64 al inicio del cuarto periodo, pero, tras encestar, Jordan pidió descanso. Estuvo en el banquillo dos minutos, tiempo durante el cual Detroit consiguió un parcial de 11 a 2 que los Bulls ya no pudieron recuperar. Chicago había empezado a descuidar a Laimbeer, y el pívot anotó 16 puntos, mientras que Pippen pasaba apuros con solo 5 canastas de 20 intentos. Grant reboteó de maravilla, con 8 capturas ofensivas, en comparación con

las 9 de todo el equipo de Detroit. Pero, en general, los Pistons fueron más duros y agresivos.

Una jugada resumió bien los problemas que Chicago tenía en Detroit: a falta de 10,4 segundos para concluir el primer cuarto, Jordan controló el balón después de una pérdida de los Pistons y lanzó un tiro desde mediocampo. La pelota entró limpia y los Bulls empataron el partido a 25. Luego Vinnie Johnson falló una entrada antes de que terminara el periodo.

Cuando Jordan llegó al banquillo, se lo explicó a Jackson: «Pensaba que faltaban 1,04 segundos».

El ayudante Mark Pfeil se llevó a Michael aparte. «Ya hablaremos luego de los números», bromeó.

El único número que de verdad importaba para los Bulls era uno: un fracaso más y empezaba el verano. Un triunfo más y tendrían otra oportunidad.

Los jugadores de los Pistons hablaban de fortaleza mental, argumentaban que ahora las victorias serían para quienes más las desearan, para los que jugaran con más dureza, para quienes fueran de verdad campeones.

En el sexto partido, los Bulls lo parecieron. A mitad del tercer periodo, de una ligera ventaja de 57 a 54, Chicago se escapó con un parcial de 23 puntos a 9 para terminar con el cuarto y con el rival: la victoria final fue por 18 puntos. Los Bulls agarraban los balones sueltos como si tuvieran velcro en los dedos. Craig Hodges y Jordan encendieron al público con triples muy lejanos. Hasta Will Perdue repartió a diestra y siniestra después de que Bill Cartwright cometiera su cuarta falta personal. Tras el partido, todos coincidían en que tenían una ocasión única en la vida. John Paxson, en el banquillo por culpa de un esguince de tobillo, dijo que se lo vendería e intentaría jugar. Hodges afirmó que el sexto no significaba nada sin el séptimo. Se hablaba mucho de que se jugaban toda la temporada en ese encuentro y de que había llegado su hora.

Jordan aún no concedía entrevistas desde su taquilla del vestuario después de los encuentros. Desde el tercer partido, había decidido salir, sentarse delante de los micrófonos junto a Jackson, responder

unas cuantas preguntas de la docena de periodistas congregados y luego marcharse. Michael a continuación entraba en el vestuario y se cambiaba, aislado como si tuviera una enfermedad contagiosa. Los periodistas daban un rodeo para ni siquiera pasar cerca de él mientras se apretujaban en el vestuario atestado del viejo Chicago Stadium.

Mientras Jordan se ponía una fina camisa marrón con motivos florales, su padre, James, se inclinó hacia él: «Hijo, estamos a punto de lograrlo. Ha llegado nuestra oportunidad y vamos a conseguirlo».

«Sí, papá, eso es», coincidió el jugador.

Michael Jordan volvió con sus compañeros. Una oleada de esperanza había desbordado la presa del silencio. Jordan bromeaba en el autocar de la plantilla de camino al Palacio de Auburn Hills y en el vestuario como si no hubiera pasado nada en las dos semanas anteriores. Se burló de los zapatos de Pippen y de la loción para el afeitado de Grant. Olía a césped, según decía Jordan, recién fertilizado. Ellos preguntaron a Jordan dónde se había dejado el peine. La escena pareció relajar a todo el mundo; los Bulls estaban tranquilos y aparentemente confiados mientras se preparaban para el partido. Eso era lo único que Michael había pedido: una oportunidad. La ocasión de llegar a la final de la NBA. Que ganara el mejor. Dejarse la piel, ir a por todas o irse a casa. Aquel era el equipo con el que había llegado más lejos.

Pero no avanzarían más. Como temía Michael, como sospechaba incluso, sus compañeros desaparecieron. Paxson lo intentó, pero no pudo jugar. Tenía el tobillo demasiado inflado y dolorido, y al cabo de una semana lo operarían. Hodges, oxidado por meses prácticamente inactivo, no pudo mantener el rendimiento durante dos partidos y solo anotó 3 de los 13 tiros que lanzó, 2 de 12 en triples. Su amplia sonrisa de dientes blancos se había esfumado y acabaría con la mirada gacha.

Fue un encuentro poco disputado. Los Pistons encestaron 9 canastas seguidas en el segundo cuarto, mientras que los Bulls solo anotaron 2 de 12 intentos. El resultado era de 48 a 33 en la media parte y el

partido estaba visto para sentencia. En el tercer cuarto, el balance era de 61 a 39, y aunque los Bulls recortaron la ventaja a 10 puntos en el último periodo, nunca tuvieron la más mínima posibilidad.

Scottie Pippen tuvo un pésimo 1 de 10 en tiros de dos puntos. Víctima de un ataque de migraña, cerraba y abría los ojos con exageración antes del partido y tenía que ponerse hielo en la cabeza en los tiempos muertos. Jugó durante 42 minutos, pero apenas distinguía a sus compañeros de los rivales. Después, en el vestuario, no pudo aguantarlo más y rompió a llorar. Grant peleó todos los balones y capturó más rebotes ofensivos que todos los Pistons juntos, con un récord de 14 en un encuentro, pero encestó únicamente 3 de 17 tiros. Cartwright se había desgastado y acabaría teniendo que operarse de la rodilla, y Hodges también tendría que pasar por el quirófano. Los novatos jugaron fatal: B. J. Armstrong se descontroló ante el público de Detroit y anotó 1 canasta de 8 intentos. El banquillo de los Pistons superó en anotación al de los Bulls por 33 a 21, con un Mark Aguirre que se fue hasta los 15 puntos y 10 rebotes y un John Salley que logró 14 puntos. Thomas condujo con maestría el ataque de los Pistons con 21 puntos y 11 asistencias. «Puede que ellos tengan al mejor jugador, pero nosotros somos el mejor equipo», apuntó Laimbeer con una sorna en la voz que arañó a los aficionados de Chicago como uñas que rascan una pizarra.

A Jordan solo le quedaba pensar en aquella derrota por 93 a 74. Aceptó que los Pistons eran mejores. Los Bulls debían superarse. No era el director deportivo, pero si lo fuera... Era evidente que el equipo necesitaba veteranos. Pero no echaba la culpa solo a los rookies. ¿Dónde estaba Pippen? Era el segundo año consecutivo que desaparecía en el último partido contra los Pistons; había sufrido una conmoción cerebral por un golpe en el primer minuto del último partido de la final de conferencia en 1989. ¿Su amigo Grant y él se lo tomaban en serio o no? Paxson se había lesionado y el resto no había aportado demasiado. Jordan había anotado 31 puntos, 21 más que cualquiera del equipo, pero también había intentado 27 tiros. Y muchos se preguntaban cómo iban a ganar nunca los Bulls si seguía lanzando tantas veces a canasta.

Pero Michael creía que tenía que seguir tirando con esa frecuencia. De lo contrario, ¿quién iba a encestar?

Justo antes de retirarse de la rueda de prensa tras el encuentro y de partir hacia las campos de golf del país, Jordan manifestó un último pensamiento: «Tenemos cosas por hacer. Hacen falta cambios».